

Agua, territorio y sociedad

🕒 05:30 ☆☆☆☆☆



Enrique Cabrera

La lectura del reciente editorial de este periódico «Justicia, política y urbanismo» me recordó el mote de un profesor que, allá hacia finales de los sesenta, tuve en la Escuela de Ingenieros de Barcelona. Por enseñarlo todo menos lo fundamental, le apodaban el bikini. Conviene recordar que a la sazón, Franco aún vivía, el bikini era en una sociedad muy machista prenda novedosa. Hoy, en un marco más liberal, con playas nudistas por doquier y con sensibilidades tan diferentes nadie tendría semejante ocurrencia. Pero con las salvedades que convienen al caso, a esta sociedad y a los políticos que la representan, por ocuparse de lo menor y obviar lo fundamental, la raíz de aquel mote les viene de molde.

Cómo, si no, entender las tribulaciones de un presidente de sala del Tribunal Superior de Justicia de la Comunitat Valenciana que aquel editorial contaba. Lamentaba que administraciones de signo político distinto sean incapaces de convenir el agua necesaria para autorizar una urbanización nueva, un hecho que, de conocer mejor los entresijos de esta administración hídrica, no habría sorprendido al letrado. A día de hoy no se han habilitado mecanismos de control del gasto de agua, problema creciente porque los principales partidos no están por la labor. Pero no sólo el gasto se desconoce. Tampoco los recursos, mayormente las aguas subterráneas, se auditan tal cual el momento actual exige. Los más de los pozos son ilegales. Y nadie mide los volúmenes detraídos en los que no lo son. Y, lo que es peor, quien intenta ordenar tal desorden asume un riesgo importante. Lo evidencia la destitución del presidente de la Confederación Hidrográfica del Guadiana en la última legislatura. Su pecado, tratar de poner fin al caos. Y es que quien se ocupa de lo fundamental puede tener sus días contados.

La energía se disipa en asuntos, aunque menos importantes, más vistosos y, sobre todo, de menor riesgo. Como discernir qué conviene más, si desalar o trasvasar (o al revés, qué más da), cuando lo urgente es auditar y controlar recursos y usos. Pero claro, nadie se atreve porque hacer lo que se debe hacer puede tener un coste político elevado. En una sociedad que vive de las apariencias es más rentable, aunque el asunto sea menor, ocuparse de los brillos. Otro ejemplo. A la universidad, también fiel reflejo de la sociedad actual, le preocupa cuántos títulos expide. Sin embargo, por exigir trabajo y rigor, la calidad le importa menos.

Ordenar el territorio es hacer política del agua. Supone impermeabilizar el suelo y aumentar las necesidades de agua alterando con ello, tanto en cantidad como en calidad, el ciclo hidrológico natural. Hablamos, pues, de políticas estrechamente ligadas que sólo coordinadas serán sostenibles. Ambas son clave para el futuro, de ahí la gravedad de lo que aquel editorial denunciaba. Identificar el punto de partida, valorar los riesgos y evaluar los distintos impactos de manera conjunta poniendo, en fin, orden a tanto desorden, es lo fundamental. Lo demás, aunque no importe al futuro, es lo fácil, lo que luce, lo que seduce al político.

La crisis actual debe hacernos reflexionar. Se ha perdido, al compás del florecer del pelotazo y del oportunismo fácil, la cultura del esfuerzo, del sacrificio y del rigor. Creíamos que podíamos vivir sin esforzarnos hasta que nos hemos caído de la parra con un batacazo de nota. El resultado lo conocemos. Estado, comunidades autónomas y ayuntamientos endeudados hasta las cejas y millones de ciudadanos en situación angustiosa. Por ello, lo fundamental ya no admite espera. Hay que informar a la sociedad, explicarle qué ha pasado y qué está pasando, requisito ineludible para entender y apoyar el sacrificio que salir del atolladero exige. Esta sociedad está enferma y al enfermo no se le engaña. Ocuparse en descalificar al adversario mientras se subrayan las bondades propias (se han picado políticamente y han decidido dirimir sus diferencias en los tribunales contaba el magistrado) es, simplemente, marear la perdiz, el proceder habitual de aquel profesor cuyo nombre, aunque no su mote -el bikini-, he olvidado.

Catedrático de Mecánica de Fluidos Universidad Politécnica de Valencia